4

Nº 19

El Amor por el Dejado

EL AMOR

POR EL TEJADO,

COMEDIA NUEVA EN TRES ACTOS,

Formada por el mismo asunto que la que escribió, con el título de las MUÑECAS DE MARCELA, el antiguo poeta Don Alvaro Cubillo.

POR

DON FELIX ENCISO CASTRILLON,

Profesor de literatura española en el real conservatorio de música de María Cristina.

MADRID: ENERO DE 1833.
Imprenta, calle del Amor de Dios, número 14.

Se hallará en Madrid en la librería de Cuesta, *frente á las gradas de San Felipe el Real.*

NOTA DEL AUTOR.

Al paso que los críticos han censurado los defectos del plan de la antigua comedia las Muñecas de Marcela, no han podido negar á la originalidad de su pensamiento los aplausos que merece; por lo cual creí, que si lograba corregir aquellos, reducir la accion del Drama á las reglas teatrales, de donde nace la verosimilitud, é imitar en cuanto pudiese la hermosa versificacion propia de aquellos tiempos, contribuiria en parte á conservar la gloria literaria de mi patria, restituyendo al teatro este pensamiento tan celebrado, y que ya estaba desterrado de la escena. He seguido las indicaciones que los críticos hicieron al censurar y condenar el plan de la obra; he substituido algunas escenas á las que parecian inoportunas, y conservando únicamente los caractéres, he variado del todo el plan y el lenguage; y en fin, sin lisongearme de que esta pieza haya quedado tan arreglada como deseaban los literatos, he hecho cuanto me ha sido posible para conseguirlo.

PERSONAS.

MARCELA. *Dama.*
VITORIA... *Su hermana.*
LUIS........ *Su hermano.*
VALERIO.. *Su tio.*
CARLOS..... *Galan.*
OCTAVIO.. *Amante de Marcela.*
BELTRAN.. *Criado de Carlos.*
TEODORA.. *Criada de Marcela.*

La escena es en Zamora. La accion dura desde una noche á otra. Los trages deben ser á la española antigua; pero en sus últimos tiempos, cuando ya se conocian los arcabuces.

ACTO PRIMERO.

El teatro figura una sala. Al fondo la puerta de la entrada, y á la izquierda del espectador otra puerta con llave.

ESCENA PRIMERA.

Despues de las primeras voces salen Marcela y Teodora, esta con dos luces que deja sobre la mesa.

VALERIO DENTRO.

Valerio. Seguid todos al traidor
que va huyendo por allí.
Octavio. No se librará de mí
pues alas me da el furor.
Unos. Seguidle todos.
Otros. Que muera.

Salen Marcela y Teodora.

Marcela. ¡Qué estruendo, qué algarabia!
por no escucharla, á fé mia,
no sé donde me metiera.
Vamos al desvan, Teodora.
Teodora. ¿Y allí qué quieres hacer?
Siquiera por ser muger

ten curiosidad, señora.
Pongámonos á un balcon
verás la calle, que se halla
como un campo de batalla.

Marcela. ¡Excelente diversion
ver contra uno correr tantos!
Yo no sé quien se divierte
en ver dar á un hombre muerte.

Teodora. Respóndante por mí, cuantos
con gusto y serenidad
lo ven, y en sucesos tales
vienen de los arrabales
al centro de la ciudad
si es diversion general.

Octavio dentro.

Octavio. Pues corre de tal manera,
hacedle fuego.

Voces. Que muera. (1)

Marcela. Que estallido tan brutal.

Teodora. De esta hecha Carlos murió.

Marcela. ¡Jesus! Dios no lo permita.

Teodora. ¿Pues cómo á piedad te incita
quien casi muerto dejó
á tu tio?

Marcela. Que locura.
Si acaso es mortal la herida,
¿le ha de curar y dar vida
de Carlos la desventura?
Viva, y perdónele Dios.

(1) *Tiros dentro.*

Teodora. Mas no quedará vengada
tu familia ya ultrajada.
Marcela. ¿De qué ultrage? Si los dos,
segun estoy informada,
salieron al desafio
y pudo menos mi tio,
eche la culpa á su espada.
eodora. Hablas como una niñita
solo empleada en jugar;
mas ya es preciso pensar
de otro modo, señorita.
Es fuerza que abandoneis
los juegos de la niñez,
pues con tanta sencillez
vuestra hermosura ofendeis.
Luego Octavio que te adora
no se ha de querer casar
con niña :::
Marcela. Si te he de hablar
no me le nombres, Teodora.
Teodora. Si es galan y caballero
¿por qué así le desestimas?
Marcela. ¿Y tú por qué me lastimas
alabando al que no quiero?
Teodora. ¿Amas á otro?
Marcela. Amor no tengo,
ni jamás le he de tener.
Teodora. Eso imposible ha de ser.
Marcela. Yo tan solo me entretengo
con mis muñecas jugando.
Creo que en esto á nadie ofendo:
cuando las estoy vistiendo,
cuando las estoy peinando,

estoy loca de contento:
á nadie puedo envidiar.

Teodora. No pudistes encontrar
mas necio entretenimiento.
Sal, señora, de ese error,
ama al que amó tu belleza.

Marcela. Si amor me ha de dar tristeza,
mas que nunca venga amor.

Teodora. Mira.

Marcela. Te cansas en vano:
Si no soy niña en la edad,
lo soy en la voluntad.
Vencerme no está en mi mano.
Mis muñecas durarán
mientras dure mi alegría:
trae la luz, amiga mia,
y ven conmigo al desvan.

Teodora. ¿A estas horas?

Marcela. ¿Por qué no?
Mientras prenden ó no prenden
á Carlos, y en eso entienden
mis parientes, quiero yo
ver si puedo acomodar
á mi muñeca el vestido
que esta tarde he concluido. (1)

Teodora. ¡Ay! se puede resfriar
la inocente muñequita
si la desnudas ahora.

Marcela. No me hagas burla, Teodora.

Teodora. ¿Pues qué he de hacer, señorita,
oyendo cosas tan raras?

(1) *Saca uno.*

Marcela. Callar, y venir conmigo.
Teodora. Tomo la luz, y te sigo, (1)
mas sin callar. ¿No reparas
en las muchas que estarán
oyendo amorosas quejas
en los jardines y rejas
mientras vamos al desvan,
como si fuéramos gatos
que espantan de la cocina?
Marcela. A esto mi genio me inclina,
y creo que peores ratos
da el amor que los desvanes.
Teodora. Tus razones aprobára,
si allí regalos hallára
cual suelen dar los galanes.
¡Muñecas! ¿De qué aprovechan?
De balde las he servido.
Si desechan un vestido
son trapos los que desechan.
Marcela. Abre al momento esa puerta
y no me incomodes mas.
Teodora. Si en eso empeñada estás
ya tienes la puerta abierta. (2)
Marcela. Sube delante.
Teodora. Allá voy.
¡Ay Dios! (3)
Marcela. ¿Qué te ha sucedido?
Teodora. Un hombre hay allí escondido:

(1) *Toma una vela.*
(2) *Abre la del lado.*
(3) *Retrocede al entrar.*

ESCENA II.

Dichas, Beltran, y luego D. Carlos.

Beltran. No, hija, escondido no estoy;
pues si esconderme quisiera,
te digo que soy tan listo,
que nunca me hubieras visto
segun yo bien me escondiera.
Marcela ¿Quién eres? ¿Cómo has entrado
arriba?
Beltran. Dirélo todo,
si el miedo me deja modo
de contarlo. Soy criado
de D. Carlos de Cardona.
Marcela. ¿Cómo? del que á D. García
mal hirió.
Beltran. Señora mia
él defendió su persona
y su honor que vulneró
D. García.
Marcela. ¡Santos Cielos!
Carlos aquí.

D. Carlos sale.

Carlos. Mis rezelos
ese acento disipó,
pues si mi nombre escuché
en una boca tan bella,
ya mi desgraciada estrella
en buena estrella mudé.

Beltran. ¿En requebrar te entretienes?
Busca tu seguridad,
que si la hallas, en verdad
demasiado que hacer tienes.
Decidnos por Dios, señora,
dónde escondernos podamos,
que en riesgo de muerte estamos
si nos hallan.
Marcela. Ve, Teodora,
y esas puertas asegura
no vengan:::
Teodora. ¿Qué vas á hacer?
Marcela. Lo que es justo: socorrer
á quien está en desventura.
Teodora. No adviertes:::
Marcela. ¿Qué he de advertir?
Pues que de mí se amparó,
¿soy alguna fiera yo
para dejarle morir?
Teodora. Arriesgada caridad. (1)
Marcela. El cielo mi intencion ve.
Carlos. Tu voz cual del cielo fue.
¿Quién duda que eres deidad?
Aunque jamás visto hubiera
los encantos de tu cara,
como deidad te aclamára
luego que tu voz oyera;
pues voz que de un desdichado
hace un hombre venturoso,
es voz del cielo piadoso.
Marcela. ¿Pues qué ventura te he dado?

(1) *Va y cierra la puerta del foro.*

Carlos. La mayor, señora mia;
que yo imaginar supiera,
y que en sueños me pudiera
bosquejar la fantasía.
Marcela. Teodora, yo no le entiendo.
Teodora. Si acostumbrada estuvieras
á este lenguage, estendieras
mas de lo que estás oyendo.
Carlos. Luego la es desconocida
del amor la lengua hermosa.
Marcela. El amor es una cosa
que no entiendo.
Teodora. Ni en su vida
la entenderá, segun dice.
Carlos. ¡Ah! La primera expresion
alentó mi corazon,
y la otra me hace infelice.
Al oir que no sabia
lo que es amor, me alenté,
y aun mi deseo elevé
á pensar lo aprendería
en la escuela de mi pecho;
pero si resuelta está
á no amar, mi dicha ya
se cambia en cruel despecho.
Teodora. Ya se explicó el caballero:
¿lo entiendes ahora, señora?
Marcela. Poquito á poco, Teodora;
entiendo algo mas que quiero.
Carlos. ¿Luego os ofende mi amor?
Marcela. Yo no lo sé; pero extraño
que olvidando vuestro daño,
si es que os encuentran aquí,

os pongais á enamorar.

Beltran. ¡El! Espirando ha de estar,
y ha de requebrar así
á la primera que vea
que se presenta á su lado.

Marcela. ¿Luego es tan enamorado?

Carlos. Mi criado se chancea;
pero si inferís que soy
enamorado, es verdad;
creedlo que en realidad
lo soy, pues desde hoy lo estoy.

Marcela. ¿Desde hoy?

Carlos. Tejados saltando
llegué al vuestro, y no pensaba
que una prision evitaba
y otra me estaba aguardando.

Marcela. ¿Luego es prision el amor?

Carlos. Sí, lo es; mas sus cadenas
dan gustos en vez de penas.

Marcela. Me parece que es error
decir que á un preso contente
lo propio que le atormenta.

Carlos. Escuchadme un rato atenta
os lo haré ver claramente. (1)

Beltran. Mientras mi amo á tu señora
prueba que amor dá, y no dá;
y por aquí, y por allá,
háblame un rato, Teodora.

Teodora. ¿De dónde bueno el lacayo
ya mi nombre averiguó?

Beltran. Tu ama le pronunció,

(1) *Hablan aparte.*

y yo le pillé al soslayo.
Mas aunque nunca te hubiera
nombrado, yo por tu arte
solamente con mirarte
que eres Teodora entendiera.
Al verte, en la misma hora
te adoro es fuerza clamar,
y hay solo un paso que dar
desde te adoro á Teodora.

Teodora. ¿Y cuál es de mi galan
la gracia?

Beltran. Saber mentir.

Teodora. El nombre quise decir.

Beltran. Pues mi nombre es D. Beltran.

Teodora. ¿Con su Don, y todo?

Beltran. Sí:
Pues si hoy cualquier bribon
no se nombra sin el don,
me viene pintado á mí.
Mi nombre termina en an;
si por el Don te enfadé,
junta con el an la d
y verás que dice *dan*.

Teodora. ¿Eres campana?

Beltran. Sí, y no;
pues por las pruebas que doy
campana de reloj soy,
mas de campanario no.

Teodora. ¿De reloj? ¡Qué maravilla!

Beltran. Tal campana solo dá
lo que señalando está
primero la manecilla.
Preciada de verdadera

lo que ofrece, aquello da,
y así á nadie engañará.
Teodora. ¿Qué quieres que de eso infiera?
Beltran. Que si prometo he de ser
tu esposo, está persuadida,
á que he de perder la vida,
ó tú has de ser mi muger.
Teodora. Algo alcanza tal firmeza
para que te quiera amar.
Beltran. Por algo se ha de empezar,
así por quererme empieza.
Carlos. Esto, señora, ha de ser.
Vámonos, Beltran, de aquí.
Beltran. Jesus y que frenesí.
Marcela. ¿Así os quereis exponer
á la muerte?
Carlos. Importa nada
mi vida.
Beltran. Y mucho la mia,
y exponerla es bobería;
¿pero qué causa impensada
te obliga?
Carlos. Si el desdichado
halla un favor, es mezclado
con algo que desagrada.
Mi puerto de salvacion
fue con nueva maravilla
la entrada de una guardilla.
Encontró mi corazon
una dama encantadora,
su favor agradecí
con el alma que la dí.
Beltran. Todo vá bien hasta ahora;

¿dónde está el mal?

Carlos. Imagina
que infausta es la estrella mia;
dejo herido á D. García,
y me acojo á su sobrina.

eltran. El diablo aquesto trazaba.
Ya se vé cual forastero
no supo el buen caballero
quién vivia donde entraba.

Marcela. ¿Y quién es quien aquí vive?
¿Soy acaso una leona?
Ved, D. Carlos de Cardona,
que la dama que os recibe
aunque al amor ha mostrado
un corazon insensible,
tiene el alma muy sensible
para todo desgraciado.
Y aunque entiendo poco ó nada
sobre aquesto de pendencia,
sé que hay grande diferencia
entre una muerte pensada
y la que sin villanía
y cuerpo á cuerpo se da:
que aquella crímen será,
y esta acaso valentía.
Si fuérais un delincuente
tal vez tuviera reparo,
pero en vos tan solo amparo
á quien su victoria siente.

Carlos. ¡Oh corezon generoso!
¿No te basta perdonar
sino tambien disculpar
á quien debe serte odioso?

Tu tio me desmintió,
fue forzoso el desafio:
no pienses le faltó el brío,
la fortuna le faltó.
Sin pensarlo te ofendí,
y en tu casa me amparé;
y sin pensarlo quedé
esclavo eterno de tí.
Con orgullo esta pasion
aquí debo publicarla,
pues ver virtud, y no amarla,
prueba es de ruin corazon.
Mas si la virtud me obliga
á que yo te tenga amor,
tambien me obliga el honor
á que en tu casa no siga.
Tus deudos habrán de odiarte;
su encono has de padecer,
y no te debe ofender
el que ha debido adorarte.
Beltran, Vamos á morir.

Beltran. ¡Y qué sereno lo dices!
A morir.

Carlos. Los infelices
de la muerte no han de huir.

Beltran. Yo tengo de huir de la muerte
aunque no logre fortuna,
que viviendo, una por una
se puede cambiar la suerte.
Señora haced que se esconda.

Carlos. No lo permite el valor,
ni lo consiente el amor.

Marcela. Cierto no sé que responda;

pues no sé que valor sea
hácia el peligro correr,
cuando el poderle vencer
apenas cabe en la idea.
¿Y en cuánto á amor? sé decir
que sus leyes no comprendo;
pero á lo poco que entiendo
no le mostrais en huir
de la misma á quien amais.

Beltran. Eso lo verá cualquiera.

Carlos. Porque os amo no quisiera
que en riesgo por mí os veais.

Marcela. Pero mi riesgo es dudoso;
vuestro peligro evidente.

Beltran. Te concluyó enteramente.

Carlos. Que me hallen aquí es forzoso
si registran.

Marcela. Es error
pensarlo. ¿Quién imagina
que en casa de la sobrina
se refugie el matador
de su tio?

Beltran. Lengua de oro
tiene, cierto, esta señora.
Habla como una doctora,
¿qué ponemos que la adoro?

Teodora. Señora, ruido de gente
se oye en casa.

Beltran. ¡Ay Dios! ¿qué hacemos?
¿á dónde nos escondemos?

Teodora. Resolveos prontamente.

Marcela. En ese propio desvan
donde la suerte os guió

solo entramos esta y yo.
Teodora. Allí seguros están.
Marcela. Y si por desgracia acaso
llegase un lance apurado
pueden salirse al tejado.
Toma una luz. (1)
Beltran. Tomo y paso (2)
sin ceremonia el primero,
porque en esto de escapar
no cedo el primer lugar.
Marcela. Tranquilizaos, caballero,
y en mi auxilio confiad,
que á ampararos estoy puesta.
Carlos. Quiera Dios no os sea funesta,
señora, tanta piedad. (*Vase*).

ESCENA III.

Marcela y Teodora.

Marcela. Cierra la puerta al momento
y abre la otra.
Teodora. Así lo haré, (3)
y ahora tranquilízate.
Marcela. Sí: te aseguro que siento
un no sé qué.
Teodora. Bien entiendo
ese no sé qué que llamas.
Marcela. ¿Y qué es, Teodora?
Teodora. Que amas,

(1) *Beltran.* (2) *Coge una luz.*
(3) *Cierra una y abre otra.*

*

y ya lo vas conociendo.
Marcela. ¿Y no puede ser temor
de que suban al desvan?
Teodora. Los muñecos que allí están
quitarán todo el valor
á las muñecas.
Marcela. Quisiera
con toda mi alma salvarlos.
Teodora. Cuidado te dá el D. Carlos.
Marcela. Por desdichado siquiera.
Teodora. ¿Por desdichado, y no mas?
Marcela. Calla, y no seas maliciosa.
Teodora. Sin que yo sea curiosa
ya me dirás lo demas.
Marcela. ¿Dices que gente sonaba?
¿Dónde están?
Teodora. Yo no lo sé;
pero á verlo bajaré. (*Vase*).

ESCENA IV.

Marcela sola.

Marcela. Qué tranquilidad gozaba,
y ahora siente el alma mia
una inquietud, un temor:::
¿Será verdad que el amor
me ha quitado la alegría?
Pero esto no puede ser.
Carlos me dió compasion,
y ampararle en la ocasion
no se ha de llamar querer.
Ni el escucharle con gusto

es amor. Mucho que no:
¿pues qué soy tan necia yo
que no alabe lo que es justo?
Por su peligro será
mi temor: ¿que extraño es?
Sálvele yo, que despues
mi alegría volverá.

ESCENA V.

Dicha y Teodora.

Teodora. Ay, señora, en mucho riesgo
nuestro D. Carlos se encuentra.
Marcela. ¿Pues qué sucede, Teodora?
Teodora. Tenemos la casa llena
de gente armada, y Octavio
es quien los capitanea.
Marcela. Mas si querrán registrarla.
Teodora. Yo recelo que así sea.
Marcela. Pues mira, dame esa llave.
Teodora. ¿Y qué has de hacer, si es que intentan
subir?
Marcela. En llegando el caso (1)
se verá.
Teodora. Vamos, que llegan.
Marcela. Coge aquella luz y ven. (2)
Teodora. ¿A qué abres?
Marcela. Es una idea (3).

(1) *Pensativa.*
(2) *De pronto abre la misma puerta.*
(3) *Entra y dice muy recio.*

Quitad la luz, escondeos,
y si suben la escalera
escapad por las ventanas.
Ahora hagamos de manera (1)
que bajemos cuando lleguen.
Teodora. Ya te entiendo, y no eres lerda. (2)

ESCENA VI.

Vitoria, D. Luis, D. Valerio, Octavio, y gente con armas saliendo por la puerta del foro. Luego Marcela y Teodora saliendo del desvan.

Valerio. Ya dije que era locura
registrar la casa vuestra,
pues Carlos no elegiría
para buscar su defensa
la familia que ha ofendido.
Octavio. Sin embargo ser pudiera
que atolondrado: : :

Salen Marcela y Teodora.

Marcela. ¡Ay Dios mio!
Luis. ¿De qué te asustas, Marcela?
Marcela. Jesus tanta gente armada.
Yo me voy con mis muñecas
otra vez.
Valerio. Ven, hija mía.
Octavio. Sencillez mas hechicera
no he visto. Mirad, señora,
que estas armas que os aterran

(1) *Sale.* (2) *Se entran.*

solo aspiran á vengaros.

Vitoria. ¿Y en una noche como esta
tan terrible para todos
estabas con las muñecas
jugando?

Marcela. Subí á probar
este vestido. Aun me queda
que ensancharlo.

Teodora. ¿Para qué?
Será vana esa tarea.
A la muñeca poned
unos trapos mas, y queda
pintado el vestido.

Luis. Veis....
Marcela no se interesa
por cosa alguna del mundo
sino es por sus muñecas.

Valerio. En su edad es muy extraño.

Vitoria. Es ya insufrible demencia.

Luis. No la condenes, Vitoria,
alaba antes la inocencia
de su carácter.

Marcela. Me alegro
que mi hermano me defienda:
¿qué daño hago yo en jugar?
¿soy por ventura tan vieja?

Vitoria. Lo eres sin duda alguna
para jugar como juegan
las niñas de nueve años.

Octavio. Yo con mayor indulgencia
contemplo sus diversiones,
y en ellas miro la prueba
de su candor.

Valerio. Ojalá
que á su edad muchas tuvieran
placeres tan inocentes;
y pues que viene Marcela
del desvan, es cosa inútil
que en registrarle se pierda
el tiempo. Voy á rondar
esas calles, que pudiera
suceder se haya escondido,
y no oyendo ruido vuelva
á salir.
Luis. A acompañaros
irémos.
Valerio. Fuera etiquetas,
bien acompañado voy:
no os molesteis.
Octavio. Esta es deuda.
Valerio. Quedaos, repito. Ea, á Dios (1).

ESCENA VII.

Dichos, menos Valerio y Comparsa.

Marcela. Pero en resumidas cuentas
¿á qué ha venido esa gente
con armas?
Vitoria. Pareces necia.
Vinieron buscando á Carlos,
el que la familia nuestra
ha llenado de dolor.

(1) *Vase con la comparsa, y ellos le acompañan hasta la puerta.*

Marcela. Jesus, ¿y cómo pudiera
hallarse en casa ese hombre?
Octavio. Temiendo las iras nuestras
huia por los tejados,
y en alguna casa de estas
de la vecindad entró,
mas como en ninguna de ellas
se llegó á encontrar, creimos
que pudiese estar en esta.
Marcela. Ola, ¿con qué se escapó?
Octavio. Y me doy la enhorabuena
de que la fuga lograse
para que luego ser pueda,
encontrándole yo solo,
víctima de aquesta diestra.
Marcela. ¿Tanto deseas matarle?
Octavio. Sí, por vengar vuestra ofensa.
Vitoria. Mira qué prueba de amor.
Marcela. Gracias.
Luis. La familia nuestra
os debe finezas tales
que es muy dificil que pueda
recompensarlas.
Octavio. Creed
que culpo á mi suerte adversa
no me haya proporcionado
una venganza completa.
Marcela. Que señor tan vengativo. (*aparte*)
Luis. Si vemos las diligencias
que hicísteis para vengarnos
probada está la fineza.
Octavio. No lo estará mientras Carlos
respire: mas de manera

iré á buscarle, que aun cuando
en el centro de la tierra
se esconda sabré encontrarle.

Vitoria. Ya doy su muerte por cierta
teniéndoos por enemigo.
¿No agradeces, no ponderas
este deseo tan noble?
Vaya que eres una piedra.

Marcela. Si he dicho que lo agradezco,
¿qué he de decir mas?

Vitoria. No llega
esa expresion tan comun
donde llegó la fineza.

Octavio. ¿Y á qué buscar otras frases?
Quien su propio agravio venga
no hace nada extraordinario,
y yo vengando á Marcela
y á su estimada familia
vengo mis propias ofensas.

Vitoria. Esto es saber añadir
favor á favor.

Marcela. Quisiera
responder así.... una cosa
que á mi hermana gusto diera;
pero en las cosas del duelo
me encuentro muy poco impuesta;
y así antes de responderos
iré con vuestra licencia
á ver si hallo quien me enseñe
las leyes de las pendencias. (1)

(1) *Quita la llave á la puerta y se va con Teodora.*

ESCENA VIII.

D. Luis, Vitoria y Octavio.

Vitoria. Vísteis carácter mas raro.
Octavio. Es, señora, tan perfecta
á mis ojos vuestra hermana,
que no es posible que pueda
proferir una palabra
que un nuevo encanto no sea.
Luis. Mucho la amais.
Octavio. Aun merece
mayor amor su belleza;
y supuesto que es un necio
quien la ocasion no aprovecha,
ya que hablamos de mi amor,
Señor D. Luis, bueno fuera
que yo tuviese la dicha
de oiros.....
Luis. Cuando se encuentra
mal herido nuestro tio,
y su familia cubierta
de luto, no me parece
que la ocasion aconseja
hablar de las alegrías
de una boda.
Octavio. Cosa es cierta;
pero el amor....
Vitoria. El amor
verdadero se contenta
con la esperanza.
Octavio. Ella es

la que mi vida sustenta;
y así para afianzarla
seguiré las diligencias
hasta dar la muerte á Carlos;
y estando la casa vuestra
vengada por mi valor,
el premio será Marcela. (*Vase*).

ESCENA IX.

D. Luis y Vitoria.

Luis. Si las señas no me engañan
no me parece que ella
admite con mucho gusto
su obsequio.
Vitoria. Cómo pudiera
ni agradecer el favor,
ni conocer la nobleza
de su elevado carácter
si Marcela es una necia.

ESCENA X.

Dichos y Marcela.

Marcela. Mil gracias por el elogio.
Vitoria. ¿Lo has oido? No me pesa.
Marcela. Ni yo extraño el escuchar
tal elogio de tu lengua.
Luis. ¿Pues no estabas en tu cuarto?
Marcela. Aguardaba á que se fuera
Octavio.

Luis. ¿Tanto te enfada?

Marcela. Y hoy mucho mas, pues se empeña
por obsequiarme en matar
á ese hombre.

Vitoria. ¿Tú te interesas
en que viva el que agravió
á tu familia?

Marcela. Soy necia
como has dicho. Así no extrañes
que entienda poco de ofensas.
Pero á mí se me figura
que si tuvieron pendencia
mi tio y ese D. Carlos,
y fue la suerte funesta
á mi tio, no es forzoso
que uno de la casa nuestra
ahora dé la muerte á Carlos.
Entonces preciso fuera
que otro de aquella familia
buscase á Octavio, y le hiriera;
y otro pariente de Octavio
con el vengador riñera;
así por una desgracia
se formaba una cadena
de muertes.

Vitoria. ¡Cómo deliras!
Eres necia, y mas que necia.

Luis. Su raciocinio, Vitoria,
es exacto.

Vitoria. No creyera
que le aprobases.

Luis. Le apruebo,
pues aunque es justo que sienta

la desgracia de mi tio,
no olvido que la pendencia
buscó de intento.
Marcela. ¿Lo oyes?
Ahora digo que Dios quiera
que Carlos salve su vida.
Vitoria. Que Octavio le encuentre y muera
es mi deseo.
Luis. Te olvidas
de tu sexo cuando piensas
de ese modo.
Vitoria. Como tú
parece que degeneras
del nombre de caballero.
Luis. Decir la verdad es deuda
del hombre honrado. Ademas
si por Carlos se interesa
mi corazon, hay motivo.
Vitoria. ¿Será cierta mi sospecha?
¿Amas á su hermana?
Luis. Sí,
aunque negarlo quisiera
al cabo será preciso
que se publique.
Marcela. De veras
que es hermosa. Haces muy bien.
Luis. El alma me tiene inquieta
ignorar donde se halla.
Marcela. ¿Pues qué hay?
Luis. Segun me cuentan,
apenas supo que á Carlos
perseguian de manera
que era imposible escapase

se retiró con presteza
no sé á donde, y por salir
de estas dudas que me cercan
voy á adquirir mas noticias.
Marcela. Quiera Dios que sean buenas.
Vitoria. ¿Será tu esposa la hermana
del que aborrecer debieras?
Luis. Carlos defendió su honor.
Su fortuna en la pendencia
no es un baldon, es un triunfo.
Vitoria. Te oigo con tanta extrañeza
que no sé que responderte.
Solo digo que quisiera
ser hombre en esta ocasion,
para que armada mi diestra
de la ira que arde en mi pecho
la sangre infame vertiera
del que ofendió á mi familia.
Marcela. Vitoria, eres una fiera.
Vitoria. Tu no entiendes lo que soy.
Juega allá con tus muñecas. (*Vase*).

ESCENA XI.

Marcela, D. Luis y Teodora.

Marcela. Harias con D. Octavio
una excelente pareja.
Luis. Su genio altivo se exalta
con la idea de la ofensa
de su familia. Ya el tiempo
hará que de otra manera
se explique. Marcela, á Dios.

Marcela. Él quiera que tengas nuevas
felices.
Luis. Te lo agradezco. (*Vase*).

ESCENA XII.

Marcela y Teodora.

Teodora. Eh, ya pasó la tormenta,
y Carlos puede dormir
lindamente á pierna suelta.
Marcela. ¿Y cómo si allí no hay cama?
Teodora. Fuera gracia que quisieras
subirle un par de colchones.
Compóngase como pueda.
Allí hay unos ruedos viejos,
y tambien unas zaleas.
Vamos, no estará tan mal.
Marcela. Pero algo de la cena
es preciso que le subas.
Teodora. El caso está si me pescan
al paso.
Marcela. Tan necia eres
que no hallarás....
Teodora. ¿Ya embustera
me quieres hacer? Señora,
tú amas á Carlos de veras.
Marcela. Si le amo, no lo conozco.
Teodora. Pues bien claras son las señas.
Marcela. Cuáles.
Teodora. El vivo interés
por su alivio.
Marcela. Mejor fuera

llamarle piedad que amor.
Teodora. Vamos ajustando cuentas:
¿te gusta que se halle en casa?
Marcela. Porque está seguro en ella.
Teodora. ¿Te deleitan sus palabras?
Marcela. Es discreto.
Teodora. ¿Su presencia
te agrada?
Marcela. Es tan agraciado
que interesará á cualquiera
Teodora. Y esa cualquiera gustáras
que le amase.
Marcela. Si eso fuera
juzgo que lo sentiria.
Teodora. Ea pues, ya estás enferma
de la enfermedad de amor.
Marcela. ¿Pues qué tan pronto se entrega
el corazon al amor?
Teodora. Es fuego: obra con violencia
y le basta en un solo instante.
Marcela. Me lo pintas de manera
que me harás creer que amó.
Teodora. Si así lo crees lo aciertas.

Vitoria dentro.

Vitoria. Marcela.
Teodora. Tu hermana llama.
Marcela. ¿Qué me querrá?
Teodora. Impertinencias
como suyas. Vamos, vamos.
Marcela. Con disgusto de esta puerta
me separo.

Teodora. Bien lo creo.
Consuélate que le dejas
encerrado.
Marcela. ¿Y es consuelo?
Teodora. Ay cuántas damas quisieran
tener debajo de llave
á sus novios.
Marcela. Mas quisiera
poder sin reparo hablar::::
Teodora. ¿Con él ó con las muñecas?
Marcela. Te aseguro que por Carlos
casi no me acuerdo de ellas.
Teodora. Ahora veo que el amor
mirando tu indiferencia
se acordó que tiene alas,
y por los tejados entra.

ACTO SEGUNDO.

El teatro figura un cuarto de un desvan. En el foro una puerta pequeña que da entrada á otra pieza, y tendrá una cortina pobre. A un lado la puerta de la escalera. En medio una mesa de pino, y una silla vieja. Una vela apagada en la mesa.

ESCENA PRIMERA.

D. Carlos sentado, y luego Beltran.

Carlos. Beltran, ¿aun dormido estás? (1)
Beltran.
Beltran. Eh: no estoy dormido. (2)
Vaya, para un escondido
estupendas voces das.
¿Has dormido poco?
Carlos. Nada.
En mis penas desvelado
toda la noche he pasado.
Beltran. Pues yo la tuve extremada.
Atisbé junto á un rincon
zaleas y ruedos viejos,
y apenas los ví de lejos
dije, allí está mi colchon.
Los tendí bonitamente,
zaleas debajo y encima,

(1) *Levantándose.* (2) *Sale.*

y aunque faltaba tarima
yo dormí profundamente.
A la aurora dispertando
la vista á su luz tendí,
y la honrada gente ví
que el sueño me está guardando.

Carlos. ¿Qué gente?

Beltran. ¿Pues imaginas
que estamos solos los dos?

Carlos. ¿Quién hay allí?

Beltran. Bien por Dios.
Unas damas peregrinas.
Mugeres con gran primor
de toda moda adornadas,
y mugeres muy calladas
que es el prodigio mayor.
Solo una susto me dió
por sus reverendas tocas;
pero aun esta es de las pocas
puesto que hablar me dejó.

Carlos. ¡Hablar! ¿y con quién?

Beltran. Con ellas.
La dueña no me estorbaba.
A sus ojos requebraba
á las que juzgué mas bellas,
pues aunque todas lo son
hacer diferencia es justo,
que siempre sabe el buen gusto
hallar cierta distincion.

Carlos. Cual te burlas.

Beltran. ¿Qué es burlar?
para dejarlo probado
las damas con el estrado

á tu vista he de sacar. (1)

Carlos. En sostenerlo se empeña,
mas no sé lo que será. (2)

Beltran. Aquí te presento ya
cuatro damas con su dueña.

Carlos. Qué muñecas tan graciosas.

Beltran. Con el nombre las infamas:
estas son damas, y damas
muy nobles, y muy hermosas.
Por su cara he de saber
sus nombres.

Carlos. Rara manía.

Beltran. Sabiendo fisonomía
es fácil él conocer
como se deben llamar.
Oye atento; esta que ves (3)
se ha de llamar Doña Inés.

Carlos. Su hermosura es singular.

Beltran. Sí, bonita es á fé mia,
pero séria, y tiene trazas

Carlos. ¿De qué?

Beltran. De dar calabazas
á diez novios cada dia.
No oirá requiebros en balde.
Será grave y mesurada:
es muger pintiparada

(1) *Entra en el cuarto.*

(2) *Beltran saca un estrado antiguo con cinco muñecas grandes vestidas á la española antigua.*

(3) *Coge una.*

para muger de un alcalde. (1)
Esta cariredondita (2)
y vivarachos ojuelos
tiene cara de dar zelos,
y se ha de llamar Juanita.
De una en otra diversion
sabrá la vida pasar,
é irá luego á descansar
con un rico setenton.
Carlos. ¿Y por qué?
Beltran. Muy bien lo infiero.
Muger que con viejo casa,
es porque su tiempo pasa
y va á buscar el dinero.
A esta por su cara adusta (3)
y su cuello prolongado,
la viene pintiparado
el nombre de Doña Justa.
Mira ese gesto fruncido,
cejas tendidas y angostas:
esta en la calle de Postas
encontrará un buen marido.
A esta me atengo, señor, (4)
gordiflona y campechana,
se llama Doña Mariana,
y es muger de lindo humor.
Esta sin perjuicio alguno
sabrá una broma seguir,

(1) *La pone en su puesto.*
(2) *Tomando otra.*
(3) *Toma otra.*
(4) *Toma otra.*

y despues vendrá á elegir
entre muchos, solo uno.

Carlos. ¿Y á quién la das por esposo?

Beltran. Un hombre experimentado,
un oficial retirado
marcialote y bondadoso.
Solo la dueña me falta,
mas pone sello en mi boca
ese mongil, esa toca
y persona flaca y alta.
Tiene cara, aunque de pasta,
de inventar cualquier enredo;
y para infundirme miedo
el nombre de dueña basta.
No es bien que en mis manos te halles:
Dueña te vuelvo á tu asiento,
contigo estaré contento
solamente con que calles.

Carlos. Siempre estás de buen humor.

Beltran. Por que de ningun provecho
sirve rabiar con la suerte.
¿Adivinas con qué intento
tendrán aquí estas muñecas?
porque en la casa no creo
que haya niñas.

Carlos. Que sé yo.
Acaso serán los restos
de la niñez de esa dama.

Beltran. Bobada: pues no estás viendo
que están todas muy de moda,
y muy limpio y muy compuesto
el estrado. Apostaria
á que se entretiene en esto

la misma bendita mano
que nos franqueó el aposento
y la cena.

Carlos. Sería raro.

Beltran. Si juzgamos por su aspecto,
parece muy aniñada
é inocente. Yo estoy cierto
de que la amable Marcela : : :
¿no se llama así?

Carlos. Me acuerdo
muy bien de que me lo dijo.

Beltran. Ni te olvidarás tan presto.

Carlos. Aunque viviese mil años.

Beltran. Pues: Marcela desde luego
juega con estas muñecas.
Me figuro que la veo
cuando viene á visitarlas,
y haciendo sus cumplimientos
las dice: Querida Juana, (1)
no sabes cuánto celebro
hallarte buena. Ay amiga,
pues estos dias me encuentro
con una horrible jaqueca.
Ola, Mariana, ¡qué bello
peinado! ¿De quién es obra?
Hija, de mis manos. Eso
es decir que tienes gracia
para todo. Inés ¿qué es esto,
tan seria. Tengo mis penas. —
¿No vino aquel caballero?
—¡Ay, no me hables de ese infiel!

(1) *Fingiendo dos voces.*

y tras esto vá saliendo
todo el ritual de visitas.
Hija, ¿qué tiene Don-Pedro
que así pasea esta calle?
— Por Laura. — No he de creerlo.
¡Jesus! que mal gusto tiene.
— Es feilla con efecto,
pero se compone bien,
— En ese punto no encuentro
quien compita con Manuela.
¡Que tren, chicas! — Ya sabemos
que todo lo necesita
la pobre: y así van luego
cortando mas que cien sastres;
hasta que cansadas de esto
entran las pobres criadas;
si saca soso el puchero,
si se la quema el guisado,
si es puerca.

Carlos. Dejemos eso,
y dime, ¿te se figura
que mi amor hallará el premio?

Beltran. Como juegue á las muñecas
te aseguro un buen efecto.

Carlos. ¿Por qué?

Beltran. ¿No ves que esto dice
que eres el amor primero
que tiene? Y este es profundo.

Carlos. Si con efecto á ese juego
se divierte, está probado
que es un ángel.

Beltran. No lo niego;
pero si has de enamorarla

con fruto, piensa primero
lo que has de hablar.
Carlos. ¿Cuándo faltan,
siendo el amor verdadero,
frases que le manifiesten?
Beltran. Si te subes á los cielos
con los piropos de amor,
será cual si hablases griego.
Carlos. Eso es decir que Marcela
carece de entendimiento,
y la injurias.
Beltran. No hago tal;
pero viendo sus recreos
conozco su sencillez,
é infiero con fundamento
que no entiende tan siquiera
las voces del galanteo.
Si es aniñada, hazte niño
para merecer su afecto.
Carlos. Bien me aconsejas, Beltran.
Beltran. Se me figura que abriendo
están la puerta de abajo.
Mas ¿si vendrán á traernos
el desayuno?

ESCENA II.

Dichos, Teodora, y luego Marcela.

Teodora. ¡Qué miro!
alabo el atrevimiento.
Marcela. ¿Por qué te enojas, Teodora?
Teodora. Pues señora, ¿no estás viendo

tus muñecas como están?
Beltran. Ocupando sus asientos
como estaban.
Carlos. Disculpadme,
Marcela, porque este necio:::
Beltran. Necio soy; pero con todo
yo sé que como discreto
me celebran estas damas.
Y en prueba de que nos hemos
portado discretamente,
la dueña lo ha estado oyendo
y no chismea palabra.
Teodora. ¡Qué gracia! siempre es mal hecho
registrarnos los rincones
de la casa.
Marcela. Yo no encuentro
tanto motivo de queja.
Carlos. Hermosa Marcela, ¿es cierto
que esta és vuestra diversion?
Marcela. La única; y ya preveo
que vá á pareceros mal.
Carlos. Señora, no solo apruebo,
sino que alabo mil veces
un recreo tan honesto,
La compañía de estas damas
os da honor.
Beltran. Y al mismo tiempo
vuestro buen gusto acredita,
pues son lindas.
Carlos. Oh, en extremo.
Marcela. Ola! os gustan mis muñecas.
Carlos. A todos gusta lo bueno.
Mil veces una por una

las he visto, y os confieso
que en todas encuentro gracia.

Beltran. Si oyérais cuántos requiebros
las ha dicho.

Marcela. ¿A las muñecas?

Beltran. Mi amo Don Carlos en viendo
faldas ya está enamorado.
Yo me vestí en cierto tiempo
para hacer una comedia,
y mi amo al verme compuesto
con mi guarda infante y moños
llegó al bastidor diciendo:
¿sabes que me has hecho gracia?

Carlos. Que no deis crédito os ruego
á disparates de un loco.
Ni creais que soy tan necio
que sin causa me enamore,
ni tampoco tan grosero
que rehuse á la belleza
la estimacion y el aprecio.

Teodora. ¿Aunque la belleza sea
de muñecas?

Carlos. Por supuesto.
Belleza siempre es belleza;
ya esté pintada en un lienzo,
ya formada de una pasta
siempre es belleza, y entiendo
que solo aquel que carezca
de un fino discernimiento
puede negarla el aplauso.

Marcela. El aplauso lo concedo,
pero el amor...

Carlos. Ay, señora,

cuando los ojos dijeron
al alma este objeto es
hermoso, no se halla dueño
el corazon de sí propio.
Pero á estas damas volviendo
os aseguro me gustan.

Marcela. Muchísimo lo celebro. (1)

Carlos. Y pues que su compañía
os entretiene, yo os ruego
me admitais en la tertulia.

Marcela. ¡Ola! si... (2)

Beltran. ¡Gran pensamiento!
Lindos ratos nos aguardan,
y si me haceis su escudero
vereis que bien que las sirvo.
Mas muñecas buscaremos,
y con casitas de sillas
haremos un pueblo entero
de muñequitas. Irán
á visitas, á paseo;
mi amo elegirá una dama,
y como es tan discreto
la dirá cosas tan bellas.

Carlos. No es obra de entendimiento
requebrar á una hermosura,
pues si amor vive en el pecho
él mueve luego los labios.
Marcela, os ruego de nuevo
que en diversion tan sencilla
me admitais por compañero.
La sociedad de estas damas

(1) *Como sentida.* (2) *Lo mismo.*

me dió en mis penas consuelo;
y así....

Marcela. Y así nunca á verlas (1)
volvereis. Pon al momento
esas muñecas, Teodora,
adonde este caballero
no pueda buscar en ellas
de sus penas el consuelo.

Carlos. Ved, señora, que esa órden
es injusta.

Marcela. Yo os protesto
que las echára de casa
si pudiera, pues no quiero
que haya damas, ni aun de pasta,
que me sirvan de tormento.

Carlos. Albricias por el enfado
que hace verdad lo que en sueños
apenas creer pudiera.

Beltran. Dice bien mi amo: en efecto
ya está mas claro que el agua.

Marcela. Teodora, ¿qué están diciendo?

Teodora. Celebrán que el amor nace
pues las muñecas han muerto.

Marcela. ¿Quién se lo ha dicho?

Carlos. Vos misma,
pues mostrando el sentimiento
con que escuchais que esas damas,
aunque de pasta, pudieron
llamar mi atencion, mostrásteis
que de ellas teníais zelos.

Marcela. No son zelos.

(1) *Enojada.*

Teodora. ¿Pues qué son?
Marcela. Una ira! un... yo no me entiendo
á mí propia.
Teodora. No es extraño.
Beltran. Me parece estoy oyendo
al barbero de mi aldea
que las tiras de pellejo
sacaba tras la navaja,
y cuando de tal desuello
el paciente se quejaba
tales manos maldiciendo,
decia: no son mis manos:
amigo, la causa de esto,
fue que la navaja es
mas dura que ese pellejo.
Aplica el cuento. Defiende
que tu enfado no son zelos,
sino que siendo tu lengua
mas blandita que tu pecho,
lo que él siente por querer
lo dice ella no queriendo.
Marcela. Para que zelos tuviese
era preciso primero
tener amor.
Beltran. No hay letrado
que pueda negarte el ergo.
Carlos. Ni soy yo tan temerario
que pueda juzgarme objeto
de vuestro amor.
Marcela. De ese modo
¿por qué las albricias fueron?
Carlos. Por creer que estais muy cerca
de amar, supuesto que el juego

de las muñecas dejais.
Marcela. Ni le sigo ni le dejo.
Carlos. Debeis dejarle, Marcela.
Teodora. Bien dice este caballero,
debeis dejarle, y amar.
Marcela. Amar, ¿á quién?
Beltran. A un muñeco
cualquiera. Todo es mejor
que no malgastar el tiempo
hablando á quien no responde.
Marcela. Decid, ¿qué es amor?
Beltran. Ay! de eso
se habló mucho sin decir
cosa alguna de provecho.
Carlos. Amor se siente mejor
que se explica. Con todo eso
oyendo sus cualidades
vendreis en conocimiento
de quien es. El amor puro
es respetuoso y honesto,
lo olvida todo, y atiende
á complacer al objeto
que merece su atencion,
procurando para esto
adornarse de virtudes,
pues el amor verdadero
es enemigo del vicio,
ni jamás vive en el pecho
que el honor y la virtud
desconoce. Hace discretos
á los necios: da valor
al cobarde, y siempre atento
á servir á quien adora

contempla como un precepto
la insinuacion mas sencilla
de aquella boca.

Marcela. ¿Y en viendo
que el amante expuesto se halla
á sufrir cualquiera riesgo
procura salvarle?

Carlos. Sí:
que el requisito primero
del fino amor es querer
que sea feliz el objeto
que ama.

Marcela. Pues de ese modo....

Carlos. Que.

Marcela. Ya veis me intereso
por vos.

Carlos. Luego inferiré,
pues tal cuidado os merezco,
que me amais.

Marcela. Creo que sí.

Beltran. Tambien todos lo creemos.
Y ademas tengo otra seña,
y que es segura. En diciendo
que una dama quiere á un hombre,
si este dice: ¡ay Dios que perro
tan bonito! ya parece
que aquel pobre animalejo
la roba todo el cariño,
y se pone hecha un veneno
contra el perro y quien le alaba.

Marcela. ¿Y de qué proviene eso?

Beltran. Proviene de que el amor
es envidioso en extremo.

Marcela. ¿Amor tiene envidia?
Beltran. Sí.
Mas los amantes han hecho
como hacen los boticarios,
que al mas despreciable objeto
ponen un nombre pomposo.
El amor con este ejemplo
puso á la envidia, que es fea,
el bello nombre de zelos.
Teodora. Aquí tienes explicado
el enojo tan tremendo
contra tus pobres muñecas.
Marcela. Ahora sé que tuve zelos;
mas ciertamente no sé
si te amo.
Carlos. Ni pretendo
que lo asegures ahora.
Marcela. ¿Y por qué?
Carlos. Porque un contento
inesperado produce
aun mas violentos efectos
que el dolor. Y si escuchase
de esos labios hechiceros
que me amabas, el amor
que vivifica mi pecho
muerte á tus pies me daría.
Marcela. ¡Qué cosas estoy oyendo!
¿El amor mata?
Beltran. ¡Ay, señora!
un médico, un bandolero,
no da una muerte mas pronta.
Teodora. Pero sabe que esos muertos
son difuntos de comedia

que reviven al momento.
Marcela. ¿Luego fingen los amantes?
Carlos. Los que no son verdaderos
saben fingir; pero yo....

Vitoria dentro.

Vitoria. Marcela.
Marcela. Válgame el cielo,
mi hermana llama.
Beltran. Ay Dios mio.

Vitoria dentro.

Vitoria. Marcela.
Marcela. Voy al momento. (1)
Carlos. ¿Volverás pronto?
Teodora. Si puede.
Bajemos sin perder tiempo
no sospeche.
Carlos. Pero dime : : :
Marcela. Sí: volveré.
Carlos. Y á lo menos
podré esperar que algun dia....
Marcela. Ya te he dicho que....
Teodora. Acabemos,
no suba tu hermana, y todo
se malogre.
Marcela. Sí: bajemos,
quita la llave á la puerta. (*Vánse*).

(1) *A la puerta.*

*

ESCENA III.

D. Carlos y Beltran.

Carlos. Que funesto contratiempo.
Beltran. No lo es tanto, pues al cabo
nos deja tranquilos dueños
de nuestro caramanchon.
Carlos. Es para mí un salon régio
donde el amor coronó
mis esperanzas.
Beltran. Concedo
que para tí es un encanto;
pero al cabo no podemos
salir del régio salon
sin peligro de ser presos.
Carlos. ¿Quién habla ahora de salir?
Beltran. Yo hablo sin ir mas lejos.
Pues mira que es un regalo
estarnos meses enteros
habitando este desvan
como gatos por enero
durmiendo sabe Dios cómo,
y sabe Dios qué comiendo.
Carlos. Cualquier trabajo es delicia
si por él se logra el premio
de mirar los bellos ojos
de Marcela.
Beltran. Son muy bellos,
y mucho mas para tí,
que te enagenas en viendo
una hermosura.

Carlos. ¿Y á quién
no le sucede lo mesmo?

Beltran. A todo el que tiene juicio.
Es buena ocasion por cierto
pensar en buscar esposa
cuando te cercan mil riesgos,
y unos desean matarte,
y otros quieren verte preso.
¿Y con quién tratas la boda?
con la sobrina del muerto.
Vaya, señor, vuelve en tí,
diviértete con requiebros,
pero no olvides la fuga.
Yo quisiera este momento
estar hablando contigo
de los ojos hechiceros
de Marcela, y del desvan:::

Carlos. ¿Dónde?

Beltran. En la raya del reino
de Portugal.

Carlos. ¿Yo ausentarme?

Beltran. Ojalá fuera muy presto.

Carlos. Mira, te juro....

Beltran. Suspende
por ahora el juramento,
pues oigo que abren la puerta.

Carlos. Si Marcela me dá aliento
ningun riesgo me intimida.

ESCENA IV.

Dichos y Marcela con Teodora.

Marcela. Ay mas gracioso suceso. (1)
Carlos. ¿Por qué vuelves tan alegre?
Marcela. Anoche al pasar el Duero
tú con Beltran os ahogásteis.
Beltran. ¡Cómo!
Teodora. Y os sacaron muertos
esta mañana.
Beltran. Pues mira,
aun en chanza me da miedo.
Carlos. No es posible que te entienda.
Marcela. Bien claro hablo. Este cuento
corre por todo Zamora,
y mi hermana con intento
de que le supiese yo
me ha llamado, por supuesto
que me costó gran trabajo
contener la risa oyendo
tal disparate.
Carlos. No sé
como el vulgo novelero
da crédito á las patrañas.
Beltran. Pues yo digo que es discreto
el vulgo, si es que nos juzga
ahogados, así tenemos
segura la retirada;

(1) *Riendo.*

y si tomas mi consejo
esta noche nos marchamos.

Marcela. Carlos.

Carlos. No sigas; no quiero
que un solo momento creas
que de tus ojos me ausento.

Marcela. Mucho sintiera tu ausencia.

Carlos. Dichoso yo que merezco
escuchar tan dulces voces.

Beltran. Luego querrás verle preso
ó muerto de una estocada.

Marcela. ¡Ay Dios! ¿qué dices?

Beltran. Lo cierto.

Carlos. ¡Que seas, Beltran, tan cobarde!
¿No miras que si por muertos
nos juzgan han de dejar
de buscarnos?

Beltran. ¿Y tan necios
han de ser tus enemigos
que estando tan cerca el Duero
no averigüen la verdad?

Marcela. En este punto no puedo
negar que tienes razon.

Carlos. Marcela ¿me amas?

Marcela. Yo creo
que me ofendes en dudarlo.

Carlos. Pues ya que tu amor merezco,
ó he de conseguir tu mano,
ó á tus pies me has de ver muerto.

Beltran. Escena muy linda ofreces
á sus ojos.

Marcela. Con efecto,
Carlos, yo tiemblo al oirte.

Teodora. ¡Dios mio! Peor es esto. (1)
Marcela. ¿Qué dices?
Teodora. Tu hermana sube.
Beltran. Ya que no morí en el Duero
vendré á morir á un desvan.
Teodora. Ocultaos al momento
en esa pieza.
Beltran. Me voy
al rincon que esté mas puerco
y lleno de telarañas. (*Váse*).
Carlos. ¡Ah suerte infausta! (*Váse*).
Teodora. Corriendo,
que llega. Finge, señora,
que te estás entreteniendo
con tus muñecas.
Marcela. Bien dicen (2)
que causa ratos perversos
el amor.
Teodora. Disimulad.

ESCENA V.

Marcela, Teodora, Vitoria, Octavio, y Don Carlos y Beltran ocultos detrás de la cortina de la puerta.

Vitoria. Vaya, Marcela, tenemos
que buscarte en el desvan
para hablarte con sosiego.
Marcela. No agradezco tu visita.

(1) *Acercándose á la puerta.*
(2) *Se pone á componer una muñeca.*

Octavio. ¿Ni la mia?
Marcela. Mucho menos.
Vitoria. ¿Qué dices?
Marcela. ¿Está bien visto
que suba ese caballero
á estorbarme, cuando yo
me estoy sola divirtiendo
con mis muñecas?
Octavio. Señora....
Marcela. Para ir publicando luego
que tengo juegos de niña.
Octavio. Ni ese, señora, es defecto,
ni aun cuando lo fuese yo
le conociera, supuesto
que os amo, como sabeis,
y al amor le pintan ciego.
Carlos. Beltran.
Beltran. Ahora sí que caes
en medio en medio del Duero.
Marcela. ¿Y para hablarme de amor
me buscais?
Octavio. No soy tan necio
que viniese á incomodaros
para repetir de nuevo
lo que mil veces he dicho.
Asunto mas lisongero
é interesante me trae.
Vitoria. Debes á este caballero
mas finezas que presumes.
Dale gracias por su esmero
en servirte.
Marcela. Me parece
que sin darlas lo agradezco.

Carlos. ¿Oyes, Beltran?
Beltran. Ahora empiezas
á tragar agua. Silencio.
Marcela. Sepamos esa noticia.
Octavio. Que ya gracias á ios cielos
vuestro tio D. García,
sino está libre del riesgo
de morir de sus heridas,
mucha esperanza tenemos
de que mejore.
Marcela. Eso sí
que me alegra con extremo.
Octavio. Y otra noticia os daré
que es pública por el pueblo.
Marcela. ¿La muerte de su enemigo?
Téngale Dios en el cielo.
Octavio. Pues yo si fuera verdad
lo sintiera con extremo.
Beltran. Dios la caridad te pague (1)
Octavio. Pues me quita tal suceso
el gusto de darle muerte.
Beltran. Miren que gusto tan necio. (2)
Marcela. ¿Qué placer encontraríais
en eso?
Octavio. Que por mi acero
quedase vuestra familia
vengada, dando con esto
una prueba sobre muchas
de lo que yo me intereso
por vos.

(1) *Al paño.*
(2) *Al paño.*

Marcela. Bien notorio es.
Carlos. ¿Qué es esto que estoy oyendo? (1)
Beltran. Otro traguito de agua.
Marcela. Y así por inútil tengo
que con la muerte de Carlos
querais probarlo de nuevo.
Octavio. Su muerte creo es supuesta,
y dados mil pasos tengo
para saber la verdad.
Si vive, como lo espero,
yo quisiera que á esta mano
que como esposo os ofrezco
debiéseis vuestra venganza.
Vitoria. Cómo amante y caballero
hablais, pero por desgracia
Marcela no entiende de eso.
Bien la veis entretenida
con sus muñecas.
Octavio. Ya advierto
cuan poca impresion le causan
mis palabras, y os protesto
que á esas muñecas envidio
la dicha de verse objeto
de su atencion.
Marcela. Cada uno
tiene su gusto.
Vitoria. Es muy cierto,
y el tuyo es extravagante.
Marcela. Sea en buen hora.
Octavio. No condeno
esa diversion sencilla;

(1) *Al paño.*

pero sin embargo espero
que Marcela siendo esposa
olvidará el simple juego
de la niñez.

Marcela. ¡Siendo esposa!
Ya os he dicho que no tengo
inclinacion á ese estado.

Vitoria. Sin inclinacion yo creo
darás al señor Octavio
la mano, condescendiendo
con la voluntad de todos:
menos con la mia, puesto
que por mí no te casáras.

Marcela. Me parece que no es tiempo
de tratar de bodas.

Vitoria. No;
pero en saliendo del riesgo
en que se halla D. García
se ha de hacer tu casamiento.

Octavio. Esa esperanza me anima,
pues vuestro hermano y Valerio
no se oponen.

Marcela. Se verá.
Pero siempre hablamos de esto
cuando me veis.

Octavio. Como no hay
asunto mas lisongero
para mi alma, no extrañeis
que esté en mis labios impreso.

Vitoria. Si he de hablar con claridad,
aunque el amor sea un fuego,
me admira, señor Octavio,
que no le amortigüe el hielo

que conoceis en mi hermana.

Octavio. Siendo el amor verdadero
sabe sufrir y esperar;
pero, Marcela, yo entiendo
gustareis de quedar sola
para entregaros al juego
que os divierte.

Marcela. Sí señor,
por mis muñecas me encierro
en el desvan.

Octavio. Si yo á él
subí á buscaros, os ruego
me perdoneis, pues lo hice
por experiencia sabiendo
que apenas cuatro minutos
me permitís el contento
de vuestra conversacion;
pero ya mas no pretendo
incomodaros. A Dios.

Marcela le hace una cortesía, y Vitoria le acompaña hasta la puerta.

ESCENA VI.

Dichos, menos Octavio.

Vitoria. Él os guarde. ¡Qué discreto,
qué galan!

Marcela. No falta mas
sino que con el pretesto
de elogiarle continúes
su conversacion.

Vitoria. Por cierto
que si yo la continuára
sería con el objeto
de decirte que no eres
digna de su amor.
Marcela. Lo creo.
Vitoria. Y que siempre las venturas
buscan á aquellas que menos
las merecen.
Marcela. Es verdad.
Teodora, los pliegues estos (1)
no están bien. ¿Qué te parece?
Teodora. Anchos están.
Marcela. Componerlos
es preciso. Quítala
ese vestido, y el nuevo
la pondré.
Vitoria. Que conferencia
tan insulsa. Yo no puedo
presenciar á sangre fria
tan necio entretenimiento. (*Vase*).

ESCENA VII.

Dichos, menos Vitoria.

Marcela. Haces muy bien en marcharte.
Teodora. Calla que la voy siguiendo
á ver si de veras baja.
Marcela. Mejor es que eches por dentro
la llave.
Teodora. Lo extrañára.

(1) *Enseñándola una muñeca.*

Marcela. No lo extrañará por cierto,
pues sabe que tengo gusto
de estar sola.
Teodora. Te obedezco. (*Váse*).
Marcela. Señor D. Carlos, salid
sin temor.

Salen Carlos y Beltran.

Carlos. Sí, con efecto,
sin temor ninguno salgo,
pues en situacion me encuentro
que ni me asustan prisiones,
ni la espada de Valerio,
ni la venganza de Octavio,
ni tampoco á tí te temo.
Marcela. ¿Qué dices?
Teodora. Toma la llave. (1)
Carlos. Dámela á mí, y al momento
iré á buscar el peligro.
Marcela. ¿Salir quieres?
Carlos. Sí: desprecio
la falsa seguridad
de este albergue, en que mas riesgos
encuentro.
Marcela. ¿Te has vuelto loco?
Carlos. Sí, Marcela: loco y ciego
me tuvo amor; pero ya
un desengaño me ha vuelto
la vista y el juicio. Dame
esa llave.

(1) *Saliendo.*

Marcela. No por cierto.
Carlos. Venga esa llave, ó daré
tales voces, que muy presto
sepa tu hermana que estoy
en tu casa.
Marcela. ¿Cómo es eso?
¿Así mi favor desprecias?
¿así me expones?
Carlos. ¿Qué aprecio
he de hacer de tus favores
viendo que fingidos fueron?
Inocente te juzgaba,
mas ya por desgracia veo
que eres traidora sirena.
Marcela. Habla claro que no entiendo
lo que dices.
Carlos. Preguntarlo
puedes á Octavio. Es discreto
y él aclarará tus dudas.
Marcela. Sino me engaño, los celos
te hacen hablar de ese modo.
Carlos. Los agravios manifiestos
celos no deben llamarse.
Marcela. ¿Qué agravio te hice?
Carlos. Si es cierto
que Octavio pide tu mano,
que tu hermano y que Valerio
sus intentos favorecen.
Y si tú con el silencio
lo autorizas, ¿cómo puedes
preguntar que agravio has hecho?
Dame la llave repito
que estoy del todo resuelto

á salir.

Marcela. Por vida mia
no la tendrás.

Carlos. Ya es empeño.

Marcela. ¿Así mis ruegos desprecias?

Carlos. Son engañosos tus ruegos.

Marcela. ¿Y mi amor?

Carlos. Ese es de Octavio.

Marcela. Mi peligro.

Carlos. A nada atiendo.
Dame la llave repito.

Marcela. Yo te la daré á su tiempo.
Antes es preciso me oigas.

Carlos. ¿Luego piensas segun eso
darme una satisfaccion
que desmienta lo que veo?
¡traidora!....

Marcela. Carlos, despacio,
que si el inocente juego
me divierte como niña,
puesta en la ocasion me acuerdo
que soy dama que merece
mas atencion y respeto.
Si Octavio pide mi mano,
si mis parientes y deudos
lo apoyan, ¿en qué me culpas
cuando yo sũ amor desprecio,
como tú misma has oido?

Carlos. Porque yo lo estaba oyendo
tal vez le despreciarias.

Marcela. Si es entre los caballeros
muy mal vista la mentira,
igualmente debe serlo

entre damas que se precian
de un ilustre nacimiento.
Y sabe que con pensar
que en mí cupo el pensamiento
de engañarte, ya has borrado
cuanto ganaste primero.

Carlos. ¿Luego tú no amas á Octavio
ni le has dado en ningun tiempo
esperanzas?

Marcela. Si le amára
¿te hubiera yo, Carlos, hecho
el mas pequeño favor
ni admitido tus obsequios?
Octavio aspira á mi mano
á pesar de mis desprecios,
y el amor que él llama fino
yo le gradúo de necio,
pues bien puede conocer
que á pesar del universo
no soy de aquellas que entregan
su mano, sin que primero
hayan dado el corazon.
El mio gozó el sosiego
de la infancia hasta el instante
que te ví. Yo lo confieso
porque la ocasion lo exige.
Por tí no escuché con tedio
el nombre de amor, que siempre
llegó á mi oido con desprecio.
Si yo no te hubiera amado,
¿á qué, exponiéndome al riesgo,
que bien puedes conocer
te hubieratenido dentro

de mi casa? ¿A qué escuchar
tus amorosos requiebros?
¿A qué, en fin, decir que te amo,
olvidando para ello
que tu espada quiso dar
muerte á mi tio? Yo entiendo
que el que ofende á mi familia
no debe esperar por premio
de la ofensa, mi cariño.
Te amé, Carlos, y lo siento,
pues si no te hubiera amado
aun gozaría mi pecho
la tranquilidad primera.
Solo por decirte esto
te detuve. Esta es la llave. (1)
Teodora, este caballero
puede salir cuando guste.
Ya ningun reparo tengo
en que mi hermana le vea,
pues yo sabré en todo tiempo
responder de mi conducta.
D. Carlos, yo no os detengo.
¿No os vais?

Carlos. A buscar mi muerte
iré, señora, contento,
que á un hombre tan desgraciado
tan solo es feliz muriendo.

Marcela. Vuestra vida ó vuestra muerte
no me dan ni el mas pequeño
cuidado.

Carlos. Lo que es mi muerte

(1) *Dala á Teodora.*

debe causarte contento,
que ella te dará venganza
del agravio que indiscreto
hice á las finezas tuyas.
Solo por esto resuelvo
salir gozoso á buscarla.

Beltran. Pues anda tú, y yo me quedo
que no hice agravio ninguno.

Carlos. Teodora, vamos.

Teodora. ¿Qué es esto,
va de veras?

Carlos. He ofendido
á tu ama, y vengarla quiero.
Vamos.

Teodora. Deténle, señora.

Marcela. Yo por mí no le detengo.

Teodora. Beltran, ayúdame tú.

Beltran. Con mucho gusto. Esto es hecho
señor, pídela perdon.

Carlos. Ni el cuidado mas pequeño
la da mi vida ó mi muerte.
Así lo dijo.

Marcela. Es muy cierto.

Teodora. Vaya; háblale cariñosa.

Marcela. Si mi amor es fingimiento.

Beltran. Teodora, trae á tu ama
mientras á mi amo llevo.

Carlos. No es menester que me obliguen,
pues yo muy gustoso vuelvo
á sus pies.

Marcela. Si soy traidora.

Carlos. El lenguage de los zelos
no causa grandes ofensas.

Beltran. Se parecen mucho en esto
los celosos y borrachos,
que aunque digan improperios
es cual si nada dijesen.
Teodora. Haced las paces.
Marcela. Lo siento
de veras.
Carlos. Mas siento yo
haber sido tan grosero
que tu amor pusiese en duda.
Marcela. ¿Lo sientes de veras?
Carlos. Cierto.
Beltran. Aquí viene de perilla
un redondo juramento.
Marcela. Amor cree sin jurar.
Carlos. Y amor perdona los celos
puesto que son hijos suyos.
Beltran. Y muchachos tan traviesos
que en entrando en una casa
la ponen hecha un infierno.
Marcela. ¿Querrás marcharte?
Carlos. Ya nunca
si Octavio no vuelve.
Marcela. Eso
no te dé pena, pues sabes
que le escucho con desprecio.
Carlos. ¿Y esa mano que á él le niegas
será mia?
Marcela. Te lo ofrezco
como no me ofendas mas.
Carlos. Pierda la vida primero
que yo disgustarte piense.
Beltran. Bonito está todo eso,

pero en el riesgo quedamos.
Marcela. Abrirá camino el cielo,
que en sanando D. García
todo lo demas es menos.
Carlos. Pues con aquesa esperanza
sufro gustoso mi encierro.
Marcela. Y yo me creo feliz
al considerar que tengo
en casa al que debe ser
mi esposo.
Carlos. Que lisongero
nombre.
Teodora. Pero contemplad
que se vá pasando el tiempo
y puede extrañar Vitoria
la detencion.
Marcela. Sí: bajemos
no sospechen. A Dios, Carlos.
Carlos. A Dios adorado dueño.
Que vuelvas á verme.
Marcela. ¿Crees
que yo gustosa me encuentro
sino es estando á tu lado?
Carlos. Yo si tus ojos no veo
me parece que no vivo.
Marcela. ¿Y podré, Carlos, creerlo?
Beltran. Es preciso que lo creas.
Marcela. No: que el amor verdadero
es muy raro. (*Vánse*).
Beltran. Sí: en la tierra
es muy raro con efecto;
pero este amor como es
por los tejados, entiendo

que es amor mucho mas fino,
que ese que anda por el suelo.
¡Vaya un lance extraordinario!
no lo creo y lo estoy viendo.

Carlos. Aunque sea sin igual
el lance que apenas creo,
si sus circunstancias veo
le encuentro muy natural.
Por su rostro celestial,
por su angelical candor,
Marcela es tan superior
á cualquiera otra muger,
que amor la ha de obedecer
no la ha de mandar amor.

Beltran. ¡Cómo! ¿Obediente cupido
cual un muchacho de escuela?

Carlos. Él no ha rendido á Marcela
que su piedad la ha vencido.
A amparar al afligido
su corazon se inclinó,
su voluntad se rindió
á la voz de la virtud,
y despues su gratitud
mi amor con amor pagó.
Si el cielo me hace su esposo,
y coronando mi amor
cesa el antiguo rencor
tan injusto como odioso,
si en el seno delicioso
de la paz y la alegría
encontráre el alma mia
un venturoso destino
no lo extrañes, pues camino

llevando un ángel por guia.
Beltran. Mucho elevándote vas
con tu bello serafin,
y no lo extraño, que al fin
de tejas arriba estás.
Cuanto quisieres dirás,
mas desprecio tus razones,
pues segun mis reflexiones
las venturas de un desvan
venturas al fin serán
de gatos y de ratones.

IN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

El teatro figura la misma sala que en el acto primero con dos luces sobre la mesa.

ESCENA PRIMERA.

Marcela y Vitoria, esta con manto.

Marcela. ¡Jesus que cansada estás!
de repetirme no cesas
siempre lo mismo.
Vitoria. Es porque
conozcas bien como piensa
Octavio. Has de suponer....
Marcela. Para que tú no lo tengas (1)
que decir, lo diré yo.
Octavio (bendito él sea
y que pesado que es)
hizo tales diligencias
que al fin supo que D. Carlos
en esta Ciudad se encuentra,
siendo falso que se ahogó
en el Duero.
Vitoria. ¿Y no ponderas
la alegría con que supo
la noticia, la presteza
con que la vino á decir,
y la actividad que emplea

(1) *Interrumpiéndola.*

en descubrir el parage
donde Carlos se reserva
de su furor?

Marcela. Yo, Vitoria,
no tengo tanta elocuencia
para ponderar todo eso;
pero en resumidas cuentas
lo sé, y que bebe los vientos
por buscarle.

Vitoria. Y que por fuerza
le hallará, y le matará.

Marcela. Y le sacará la lengua,
y le descuartizará
y hará todo lo que quieras,
pues con tal de que otra vez
á contármelo no vuelvas
te concederé con gusto
cuanto quieras te conceda.

Vitoria. En hablándote de Octavio
te pones como una fiera.

Marcela. Por lo mismo te complaces
en nombrármele quinientas
veces al dia.

Vitoria. ¡Qué mal
en tí su cariño empléa!

Marcela. Y tambien qué mal que hace
en no abandonar la empresa
y buscar otra.

Vitoria. ¡Ay! ¿qué dama
no hará justicia á sus prendas?

Marcela. Y tú mucho mas que todas,
pues como eres tan discreta
darás todo su valor

á esa exquisita nobleza
que brilla en sus sentimientos.
Vitoria. Aunque te burlas, es fuerza
te responda que me creo
con bastante inteligencia
para saber lo que vale,
y que si acaso pidiera
mi mano, ni un solo instante
rehusársela pudiera.
Marcela. De todo mi corazon
te diera la enhorabuena.
¿A todo esto, no ibas
á ver al tio?
Vitoria. Bien fuera
que me acompañases tú.
Marcela. Si pasé la tarde entera
en su casa, tú no has ido,
y te toca de por fuerza.
Vitoria. Luego iré.
Marcela. Mira que es tarde.
Vitoria. ¡Válgame Dios, cual deseas
que me vaya!
Marcela. Disparate,
ya sabes que mis muñecas
me sacan de los apuros,
y cuando alguien me molesta
con necias conversaciones,
me subo al punto con ellas,
para lo cual siempre tengo
la llave en mi faltriquera.
Vitoria. Creo que en casa yo sola
soy quien te causa molestia;
y así para que no vayas

á acogerte á tus muñecas
saldré de casa, Teodora.

Sale Teodora.

Teodora. ¿Qué mandais?
Vitoria. Que en la escalera
me aguarde Ordoñez.
Teodora. Muy bien. (*Vase*).
Vitoria. Si acaso á venir acierta
D. Luis, dile donde estoy.
Marcela. Se lo diré.
Vitoria. Considera
que os quedais Teodora y tú.
Marcela. ¿Y qué prevencion es esa?
Vitoria. Que al desvan no te la lleves,
y si llaman á la puerta
no haya quien responda.
Marcela. Bien.

Sale Teodora.

Teodora. El escudero os espera.
Vitoria. Allá voy. A Dios.
Marcela. A Dios.
Vitoria. Muy pronto estaré de vuelta. (*Váse*).

ESCENA II.

Marcela y Teodora.

Marcela. No desearé tu venida
aunque en un año no vuelvas.

Teodora....
Teodora. Nada me digas,
ya sé que son muy funestas
las noticias.
Marcela. Pobre Carlos.
En perseguirle se empeña
ese Octavio, y él incita
la ira de mi parentela.
¿Qué hemos de hacer?
Teodora. Lo primero
es el dar exacta cuenta
de todo á Carlos.
Marcela. Bien dices;
y pues que solas nos dejan
vamos á subir.
Teodora. No tal,
mejor será que aquí vengan,
con eso si alguno llama
mientras yo le abro la puerta
se vuelven á su escondite.
Marcela.. Abre, y llámale. Que pena
que siento.
Teodora. Señor D. Carlos.

Carlos dentro.

Carlos. Teodora.
Teodora. Mi ama os espera.
Beltran. Pues rodando bajarémos
para llegar mas apriesa.

ESCENA III.

Marcela, Teodora, Carlos, y Beltran.

Carlos. A tu órden, dueño mio:..:
¿Pero qué es esto, Marcela?
esos ojos donde amor
aprender gracias pudieran
vierten lágrimas.
Marcela. Ay, Carlos,
nuevas desgracias empiezan.
Carlos. ¿Cómo? Murió D. García.
Marcela. No: mejorado se encuentra.
Beltran. ¿Pues qué demonios sucede?
Teodora. La evitaré la molestia
de contarlo D. Octavio....
Beltran. Ese no hará cosa buena;
tiene cara de sayon.
Teodora. Hizo tales diligencias
para saber si habias muerto,
que supo por cosa cierta
que estás dentro de Zamora
escondido.
Beltran. Zapateta.
¿Y nos buscan?
Marcela. Él incita
á una venganza sangrienta
á mis parientes; reune
sus amigos, y se emplea
en buscarte de tal modo
que es imposible que puedas
evitar ó la prision

ó la muerte.

Carlos. ¡Qué vileza!
¿así contra un hombre solo
tantas espadas se emplean?
¡Ah si yo encontrase á Octavio!

Marcela. ¿Con darle muerte qué hicieras?

Teodora. Dice bien.

Marcela. Si mis parientes
por largas desaverencias
desde el tiempo de tu padre
te aborrecen, ¿no contemplas
que dando la muerte á Octavio
en igual peligro quedas?

Beltran. Luego era fuerza matar
alguaciles por docenas.
Señor la noche está obscura,
aprovechémonos de ella,
y de Zamora salgamos.

Carlos. ¿Y he de dejar á Marcela?

Beltran. ¿Y si te matan ó prenden
no has de dejarla por fuerza
y para siempre?

Teodora. Es verdad.

Marcela. Aunque me mate tu ausencia,
salva tu vida, bien mio:
salva tu vida, que en ella
tengo toda mi esperanza.

Carlos. ¡Que mi desgraciada estrella
concediéndome este bien,
disfrutarle no me deja! (1)

Beltran. A todo esto, ¿cómo estamos

(1) *Hablan ellos.*

tan despacio en esta pieza?

Teodora. Estamos solas las dos.

Beltran. Pues la ocasion aprovecha,
y antes que vuelvan huyamos.

Carlos. Beltran, mis pies son de piedra
cuando pienso separarme
de esta casa.

Marcela. Yo quisiera
evitarlo, pero veo
que si te quedas en ella
te han de encontrar.

Carlos. ¿Con que mandas
que me ausente?

Marcela. Así lo ordena
la desgracia. Vive, Carlos,
y acuérdate de Marcela.

Carlos. Constante en mi corazon
estará tu imágen bella.

Marcela. Y tu nombre mi consuelo
ha de ser en esta ausencia.

Carlos. Mira que me has prometido
ser mi esposa.

Marcela. Y mi promesa
con esta mano aseguro.

Carlos. Persígueme suerte adversa,
yo tus rigores olvido,
todo compensado queda
pues me dejas ser esposo
de mi adorada Marcela.

Beltran. Sino nos marchamos presto,
temo que estas bodas tengan
en vez de amonestaciones
declaraciones, cadenas,

y acaso estocadas.

Marcela. Sí.
Huye mientras tiempo queda;
huye esposo, huye. (1)

Carlos. En tus brazos
toda mi alma se queda.

Marcela. Y tú te llevas la mia.

Beltran. Yo mas bien llevar quisiera
siquiera un borrico cojo,
para ir con mas conveniencia,
que desde aquí á Portugal
algunas leguas nos quedan.

Carlos. Consuélete la esperanza
de que algun dia se venzan
tantos obstáculos.

Marcela. Sí:
como tú escribirme puedas
yo te avisaré de todo.

Carlos. En quien te ama es una deuda
escribirte.

Beltran. Por Dios, vamos.

Marcela. Carlos.

Carlos. Querida Marcela.
A Dios.

Marcela. A Dios, dueño mio. (2)

Beltran. Teodora, ya ves que apenas
tengo tiempo para nada,
y así es preciso que seas
quien se despida por mí.

Teodora. ¿Y de quién?

(1) *Se tira á sus brazos.*
(2) *Vánse juntas hácia la puerta.*

Beltran. De las muñecas,
que las quiero porque al cabo
han sido mis compañeras.

ESCENA IV.

Teodora y Marcela.

Teodora. Bien temíais al amor.
Vive Dios que te dá penas
insufribles.
Marcela. Ni yo misma
entiendo como ser pueda
pasar en tan poco tiempo
de la quietud mas completa
á la agitacion mas viva
que mi alma experimenta.
Teodora. Retírate, y no así llores,
pues cuando tu hermana vuelva
ha de extrañar ese llanto.
Marcela. Si son hijas de mis penas
mis lágrimas, será en vano
que yo quiera contenerlas
mientras las penas subsistan. *(Váse).*

ESCENA V.

Teodora, y luego D. Carlos embozado y con un bulto debajo del ferreruelo. Tras él Beltran.

Teodora. Desventurada Marcela:
ya tarde recobrarás
la tranquilidad primera

que tu corazon gozaba.
Pasos siento en la escalera,
¿si acaso por un descuido
dejaron la puerta abierta?

Salen Carlos y Beltran.

Teodora. ¿Quién es?
Carlos. Teodora, yo soy.
Teodora. ¿A casa vuelves?
Carlos. En ella
debo estar.
Teodora. Voy á decirlo
á mi ama.
Carlos. Que no lo sepa
hasta un rato.
Teodora. ¿Por qué causa?
¿Pero qué eso que llevas
debajo del ferreruelo?
Carlos. Nada: danos una vela
para subir al desvan.
odora. Es preciso que esto sepa
mi señora. (*Vase*).
Carlos. Escucha.
Beltran. Va
como un viento á dar la nueva.
Carlos. Toma y súbete al desvan,
que quiero ignore Marcela
mis desgracias. (1)
Beltran. Ya no es fácil.

(1) *Le da el niño que él oculta bajo el ferreruelo.*

ESCENA VI.

Dichos, Marcela y Teodora.

Marcela. ¿Pues qué novedad es esta?
Carlos. ¡Ay mas penas!
Marcela. ¿Dí que es eso
que das con tanta cautela
á Beltran?
Beltran. Nada, señora.
Marcela. ¿Cómo gastas tal reserva
con tu esposa, Carlos mio?
Carlos. Tuyo sí: y hasta que muera
lo he de ser; pero este lance
es de tal naturaleza....
Beltran. Mira, alúmbrame al desvan,
no sea ruede la escalera,
que no estoy acostumbrado
á estas cargas.
Teodora. ¿Y qué llevas?
Beltran. Nada: una friolerilla
que compré para la cena.
Alúmbrame.
Marcela. No: deténte;
es preciso que yo sepa
lo que el ferreruelo oculta.
Carlos. Por Dios te pido, Marcela,
que no te empeñes en eso.
Marcela. ¡Esta repentina vuelta,
ese bulto! Carlos, nada
ocultes á mi terneza,
ó diré que no mereces

mi amor.

Carlos. Si te obedeciera,
en este instante
tú misma acaso dijeras
que mi mano no era digna
de enlazarse con tu diestra.

Marcela. Cuanto mas este secreto
ocultar quieres, se aumenta
mi cuidado.

Teodora. Sí, veamos
lo que este lleva.

Beltran. Mi cena (1)
que compré en el bodegon
de la esquina.

Teodora. ¿Es cosa buena?

Beltran. Medio cochinillo vivo.

Teodora. ¿Tanto abulta?

Beltran. Es la cazuela.

Teodora. Veámoslo.

Beltran. Poco á poco,
no sea que el caldo se vierta.

Carlos. Por fin, señora, quereis
que os manifieste....

Marcela. Por fuerza
he de saber qué misterio
hay aquí.

Carlos. Ojalá pudiera
ocultarle á todo el mundo.
Beltran ese niño muestra.

Marcela. Un niño. Carlos, ¿qué es esto?

Carlos. Golpes de la suerte adversa

(1) *Apartándose, y ella le sigue.*

que sin cesar me persigue.
Yendo á salir de tu puerta
llegó un hombre, y en mis brazos
esta criatura deja
diciéndome unas palabras
que el corazon me atraviesan.

Teodora. No hay un lance mas extraño.

Marcela. ¿Y qué palabras son esas?

Carlos. No han de salir de mis labios
hasta que preciso sea.

Marcela. Ya es preciso sino quieres
que forme de tí sospechas
muy contrarias á tu amor.

Beltran. Ahora sí que esta es mas negra.

Carlos. Mi amor será siempre tuyo.

Marcela. ¿Y si oponerse quisiera
la madre de aquese niño?

Carlos. No me atormentes, Marcela.

Marcela. Pues no me atormentes tú
callándome lo que es fuerza
que me digas, si me amas.

Carlos. ¡Si te amo! ¡Ah, que violencia
hago en callar, cuando pones
tal condicion!

Marcela. La respuesta
exige la voz de amor.

Carlos. La voz del honor me fuerza
á callar.

Marcela. ¿Luego tú sabes
quién es su madre?

Carlos. Pluguiera
á Dios no la conociese.

Marcela. ¿Y en ocultarme te empeñas

su nombre?

Carlos. Por ser quien soy.

Marcela. Carlos, todas tus respuestas
son ambiguas, y me anuncian:::

Carlos. No sigas por Dios, Marcela,
no concluyas la expresion
que darme muerte pudiera.
Por ese niño es preciso
que en tu casa me mantenga,
que por él se afirme el odio
entre las familias nuestras,
ó que por él sea dichoso
quien de ser tuyo se precia.
Sígueme Beltran.

Marcela. No entiendo
con qué fin al desvan vuelvas.

Carlos. Yo saldré cuando sea tiempo
sin aguardar á que vengan
en mi busca. Ya este lance
me ha trocado de manera
que he de ofrecerme yo propio
á los que hallarme desean.

Beltran. Vamos á llevar un novio
á las señoras muñecas.

ESCENA VII.

Marcela, Teodora, y luego Vitoria.

Marcela. Teodora, ¿que dices de esto?

Teodora. No es posible que se entienda
un embrollo semejante;
tan solamente una idea

me ocurre....

Marcela. Dila.

Teodora. Tal vez
será falsa.

Marcela. Mas saberla
es razon.

Teodora. Mira, este niño : : :

Sale Vitoria.

Vitoria. Jesus, abierta la puerta ; (1)
la casa vendida.

Marcela. Ay Dios.

Teodora. Que este descuido tuvieran (2)
los otros. Disimulemos.
¿Qué estaba la puerta abierta? (3).

Vitoria. ¿Por dónde habíamos de entrar
como cerrada estuviera?

Teodora. Son descuidos de este Ordoñez:
habrá viejo : : :

Vitoria. No, no quieras
echarle la culpa á Ordoñez.

Marcela. ¿Pues quién dejarla pudiera
abierta?

Teodora. Ordoñez no mas.
Se conoce de cien leguas
que al salir él no apretó
y quedó abierta.

Vitoria. ¡Ay Marcela!

Marcela. ¿Qué dices?

Vitoria. Tú estás llorosa.

(1) *Entrando.* (2) *Aparte.* (3) *Alto.*

Teodora. Eso es nada, una rabieta
conmigo.
Vitoria. ¡Si siempre estais
tan unidas!
Teodora. De manera
que aun en el vasar los platos
algunas veces tropiezan.
Vitoria. Sepamos cuál fue el enojo.
Teodora. Fue el caso que....
Marcela. No se vuelva
á hablar de esa niñería.
En quitando el manto á esa
te aguardo en mi cuarto.
Vitoria. Escucha.
Sabes que el hallar la puerta
como no debia estar,
y el ver que tanto desprecias
á un caballero como es
Octavio.
Marcela. ¿Por qué rareza
había de salir Octavio
cuando se habla de la puerta?
Vitoria. Claro, Marcela, yo creo
que á pesar de tus muñecas
amas á alguno.
Teodora. Jesus,
es posible que eso piensa
vmd. de mi, señorita.
Marcela. Esa sospecha es tan necia
que ni aun respuesta merece.
Vitoria. Muchas veces se desprecia
un amor por otro amor.
Marcela. Y muchas veces se quedan

las maliciosas burladas.

ESCENA VIII.

Dichas y Don Luis.

Luis. Eso es, siempre de pendencia
habeis de estar.
Marcela. Es Vitoria.
Vitoria. No es Vitoria que es Marcela
la causa.
Luis. Sea cual fuese
á mí nada me interesa.
Vitoria. Es que....
Luis. Dejad disparates,
que me cercan tantas penas
que no estoy para niñadas
como son todas las vuestras.
Marcela. Esas penas no serán
por el tio.
Luis. No. Se encuentra
ya libre de todo riesgo.
Marcela. ¿Pues de qué nacen tus penas?
Luis. De ignorar adonde se halla
Feliciana
Vitoria. Cosa es esa
interesante.
Luis. Lo es
para mí mas que tú piensas.
Yo imagino que no se halla
en Zamora.
Marcela. Que extrañeza
el no haberte dado aviso.

Luis. Como ocurrió esta pendencia
pensará que el odio mio
á Carlos....
Vitoria. Ese debiera
extinguir todo el amor
que á Feliciana tuvieras.
Ella no será tu esposa.
Jesus, si el tio supiera
que iba á hacerse un matrimonio
tan raro.
Luis. Cual me atormentas
sin querer. Vitoria, calla.
¡Oh pasiones de la ciega (1)
juventud, como arrastrais
al hombre....
Teodora. Por la escalera
sube gente.
Luis. ¿Quién será
á unas horas como estas?
A ver.... Valerio y Octavio.

ESCENA IX.

Dichos, Octavio y Valerio.

Luis. Sin saber por qué me inquieta
su visita. Pues señores
¿á una hora como esta
os dignais honrar mi casa?
Valerio. Es bien te cause extrañeza
que á hora tan inesperada

(1) *Aparte.*

vengamos.

Luis. Aunque quien entra
en su casa viene bien
á cualquier hora que venga : : :

Valerio. El negocio que traemos
no nos permite etiquetas.
Hijas mias retiraos. (1)

ESCENA X.

D. Luis, Octavio y Valerio.

D. Luis. No sé que el alma sospecha (2)
á vista de tal misterio.
Hablad.

Valerio. Mi amistad espera
que me hables primero tú.

Luis. ¿De qué, señor?

Octavio. Esta es deuda
que debeis á vuestro tio.

Luis. No comprendo tan siquiera
lo que decís. Explicaos.

Valerio. Quien explicarse debiera
eres tú, y buscar auxilio
en mi amistad y experiencia.

Octavio. Dice muy bien vuestro tio,
pues aquel que incauto yerra
debe corregir prudente
los yerros de su imprudencia.

Luis. Os digo que no os entiendo.

Valerio. ¿Qué no me entiendes de veras?

(1) *Vánse las tres.* (2) *Aparte.*

Ahora te hallo mas culpable,
que en circunstancias como estas,
no obra cual buen caballero
quien sus yerros no confiesa.
Luis. Soy sobrino vuestro, y basta
para que en todas materias
siga la ley del honor.
Habladme ya sin reserva,
pues yo no puedo entenderos.
Octavio. ¿En dónde está aquella prenda
que os entregué?
Luis. ¡Octavio! ¿á mí?
Octavio. ¿Quién lo duda? A vuestra puerta.
Luis. Como caballero os digo
que os engañais.
Octavio. Esa es buena.
Todavía no hace una hora
que vine á la casa vuestra
á tiempo de que salíais:::
Luis. Las tres de la tarde eran
cuando salí de mi casa,
y hasta ahora no he vuelto á ella.
Octavio. ¿Luego no érais vos el hombre
que salia?
Luis. Cosa es cierta.
Valerio. Adelante no pasemos
sin que primero se sepa
que hombre salia de casa.
Luis. Que confusiones me cercan.
Octavio. Y á mí mucho mas D. Luis.
Valerio. Haz que Vitoria y Marcela
salgan.
Luis. Ya voy á llamarlas. (*Váse*).

Valerio. Válgame Dios, cual se enredan
las penas unas con otras.

ESCENA XI.

Dichos, D. Luis, Vitoria, Marcela y Teodora.

Luis Aquí mis hermanas llegan.
Vitoria. Deseosas de saber
que causa hay....
Valerio. La mas funesta,
si es verdad lo que sospecho.
Vitoria. Ese principio me aterra.
Hablad, señor.
Valerio. Yo estoy cierto
de que á vuestra cuna atentas
nunca dareis un motivo
para que culparse pueda
el esposo que elijais;
pero con todo, ya es fuerza
me digais, qué hombre ha sido
el que en esta noche mesma
visitó á una de vosotras.
Vitoria. ¡Yo! que responda Marcela,
puesto que estoy ino ente.
Marcela. ¿Por qué quieres que yo sea
la que responda?
Vitoria. Si hay hombre
que entre en la casa nuestra
no es por mí, luego es por tí.
Valerio. Precisa es la consecuencia
siendo verdad los supuestos.
Luis. Mientras dudosa se encuentra

la culpa, recae mas
en Vitoria que en Marcela,
pues de esta todos sabemos
que solo en sus juegos piensa.

Vitoria. Pues si como juez te atienes
á las simples apariencias,
sabe que ahora te engañas,
pues la inocente Marcela
lloraba cuando yo vine
y encontré la puerta abierta.

Valerio. ¡Cuál! ¿la puerta de la calle?

Marcela. Eso es preciso que fuera
algun descuido de Ordoñez.

Octavio. Ese descuido admitiera
sino se hallase otro indicio.

Luis. Es necesario por fuerza
registrar toda la casa.

Marcela. Registradla norabuena.

Vitoria. Y empezad por el desvan.
¡Ay! la llave miro puesta.
Cosa rara por mi vida,
pues no la suelta Marcela.

Marcela. Al desvan no hay que llegar
que no hay mas que mis muñecas.

Vitoria. Has mudado de color,
tu culpa está manifiesta.

Marcela. Mi enemiga, no mi hermana
fuiste siempre.

Luis. Ya es simpleza
que evitar quieras se suba
al desvan; pero á su puerta
dan golpes.

Vitoria. Bien claro está

que la culpa es de Marcela.

Abre D. Luis, y salen Carlos y Beltran con el niño.

ESCENA ULTIMA.

Todos los personages.

Luis. Cielos ¿qué miro? ¡Dos hombres!
¿Estas eran tus muñecas?
Beltran. ¿Y este es vuestro muñeco?
Luis. ¿Qué niño es ese?
Carlos. A la puerta
me le dió Octavio, pensando
dejarle en las manos vuestras.
Octavio. Feliciana conociendo
que aunque yo enemigo sea
de Carlos, jamás desmiento
mis principios ni las reglas
del honor, me confió
para que á vos os la diera
esa prenda de su amor,
y yo al llegar á la puerta
hallé á Carlos que salia:
la obscuridad y reserva
con que el niño iba á entregar
fueron causa de mi necia
equivocacion.
Marcela. Albricias (*aparte*)
que ya no es tanta mi pena.
Carlos. Valerio, D. Luis, Octavio,
ya que se declare es fuerza
todo lo que estuvo oculto.
Huyendo de la ira vuestra

anoche, por el tejado
entré en el desvan. Marcela
piadosa quiso ocultarme.
Por ella supe la nueva
de mi muerte, y tambien supe
que Octavio viendo no es cierta
me buscaba, reuniendo
toda vuestra parentela.
Ya estoy aquí, pues aunque
me aconsejó la prudencia
salir de aquesta ciudad,
este niño, que á la puerta
me entregó Octavio, me obliga
á permanecer en ella
hasta que vengue en D. Luis
la culpa....
Luis. No así la quieras
llamar. No hay deshonor tuyo,
pues que Feliciana bella
hace tiempo que es mi esposa;
pero las desavenencias
de ambas familias, y el ver
que D. García se empeña
mas y mas en sus rencores
me hizo que oculto tuviera
el matrimonio, temiendo
que si público se hiciera,
se enojase D. García,
y mi amistad le respeta
como tio, y como amigo,
pues sé que todas sus rentas
heredo.
Carlos. Tambien sabeis

que injustámente se empeña
en perseguirme, tan solo
porque su enemigo era
mi padre: que estuve ausente
de aquí desde mi edad tierna,
y que apenas en Zamora
me vió, cuando su imprudencia
de tal modo me ofendió
que fué preciso acudiera
á la espada; que le herí,
que estuvo mi vida expuesta
á vuestra ira muchas horas.

Valerio. Todo es verdad.

Carlos. Ahora resta
que á lo presente acudamos.
Ya D. García se encuentra
segun dicen sin peligro:
mi hermana es esposa vuestra;
este niño exige ya
que el matrimonio se sepa,
y el hallarme en vuestra casa
que ofender puede á Marcela,
no solo disculpa tiene
en su bondad, pues por ella
anoche salvé mi vida,
sino es que para completa
satisfaccion de su honor
os pido su mano bella,
creyendo que muy gustosa
me cumplirá la promesa
que me hizo.

Marcela. Y no la niego,
si para ello dan licencia

mi tio y mi hermano.

Luis. Por mí
negártela no pudiera,
que el hermano de mi esposa
justo es que mi hermano sea,
y amor, honor y amistad
han de vencer de por fuerza
el odio infundado. Tio
¿qué decis vos? (1).

Valerio. La nobleza
de su familia compite
con la de la casa nuestra.
Solo puede haber reparo
en la enemistad.... pero á esa
sabrá vencer la razon.

Luis. Con gusto condescendiera
en que Carlos fuese esposo
de mi hermana, si no fuera
porque Octavio tiene ya
nuestra palabra.

Marcela. ¿Pero esa
debo yo cumplirla ó tú?

Luis. Tú sin duda.

Marcela. Enhorabuena.
Pues jamás la cumpliré.
Le aborrezco de manera
que....

Octavio. No sigais, señorita.

Marcela. Pues ya teneis mi respuesta.

(1) *A Valerio.*

Beltran. Teodora, ¿quieres casarte?
ó voy por una muñeca
al desvan.
Teodora. Mejor es eso,
pues si tu esposa me hicieras
sería casar....
Beltran. ¿Qué, muchacha?
Teodora. La pobreza y la miseria.
Beltran. Dices bien; y nuestro amor
de tejas abajo fuera,
siendo de tejas arriba
el de Carlos y Marcela.

FIN.